

sana, los Reyes Católicos hicieron sentar á Colón en su presencia y le otorgaron permiso para que hablase á su guisa todo cuanto quisiese acerca de sus viajes y de sus hallazgos. El descubridor habló con mucho desembarazo y larga extensión, repitiendo casi de coro lo capital de cuanto escribiera en su Diario de la Navegación y en sus informes á los Reyes. Un reconocimiento del auxilio que le prestará Dios y otro reconocimiento del auxilio que le prestarán los representantes de Dios en la tierra, Isabel y Fernando, sirvieron como de bello exordio á su bien ordenado discurso. Puestos en sistematizada serie los hechos, y elevados á ideas con prestancia de forma y lógica de ordenación, siguieron tras los debidos homenajes las circunstancias más sobresalientes de aquella su divina odisea, como las emociones despertadas en el alma por los súbitos encuentros con aquellas vírgenes y hermosas islas. Colón encarecía el oro que rescatara, y volvía con esperanza y seguridad al oro que se prometía recoger aún; pero, como ignoraba la posición geográfica y la grandeza inconmensurable del archipiélago encontrado, ignoraba los factores aportados también por sus hallazgos al cambio y al comercio. Quien le hubiera podido poner ante la vista lo que iban á prosperar el bien de la humanidad ingredientes como el febrífugo que se llama quina, oculto en la tierra firme, con la que no había tropezado aún, pero próxima en aquel momento á descubrirse, diérale de su obra ventajosas ideas inconcebibles entonces para su genio, deslumbrado por los resplandores del oro. No podía saber el pan que al pobre pueblo llevaba con las panojas de maíz y no podía saber el alimento que le llevaba con tubérculo tan despreciable á primera vista como la patata y tan útil hoy á la vida. ¿Quién le hubiera hecho comprender lo que sería el tabaco? Encontrólo por vez primera en Cuba. Ciertos pobres indios lo llevaban encendido de un lado para otro en hojas secas que chupaban, regalándose con el humo. ¿Cómo presentir y cómo prever lo que serían aquella hoja y aquel humo para los recreos y para los presupuestos del

mundo civilizado en uno y otro hemisferio? Pero, dejando esto aparte, no podía Colón adivinar los nuevos jugos que traía para las venas con las múltiples savias en gomas y resinas sacadas á tantos árboles; el número de aromas y especias, con que iba el olfato á regalarse y á robustecerse iban las materias nutritivas para el humano alimento; las medicinas innumerables que apercebían alivio á tanta enfermedad como nos aqueja; los sacudimientos que amenazaban la raíz del castillo feudal, quebrantado ya, con esta movible y aventurera vida nueva en que la navegación y el comercio cambiarían desde los átomos en el suelo hasta los pensamientos en el espíritu; la improvisación de ciudades brotadas como árboles con una grandísima espontaneidad, y la composición de asociaciones humanas sin historia, en que todo sería nuevo, desde los mares nunca surcados por nuestros barcos hasta los cielos nunca vistos por nuestros ojos; el espíritu, en fin, rejuvenecedor que todo lo rehacía y todo lo innovaba en aquella renovación universal. Con los ojos puestos sobre lo pasado Colón creía que tantos territorios habían venido al dominio de nuestra España para que sirviesen á las Cruzadas de los siglos medios y á los cruzados feudales cuando estaban prevenidos en el plan de la Providencia divina y en los desarrollos del progreso humano á renovar la sociedad como habían renovado la vida. Pero las circunstancias y los oyentes no tenían para qué darse á tantas adivinaciones. Colón aun creía que Cuba formaba parte del continente asiático y que la segunda expedición, á las orillas de Cuba y la Española enviada, llevando como había de llevar más buques y más dotaciones que la primera, encontraría el fabuloso reino de Cathay, la ciudad áurea de Cipango, los dominios del grande Kan todos empedrados de rica pedrería. Pero creyera lo que creyera él, no podía dudarse ni un momento de que la Iglesia, merced á su invención, recibía nuevos fieles y el Estado nuevos súbditos, extendiéndose la nación española bajo cielos nuevos por nuevos mares enteramente vírgenes, como si Dios hubiera querido premiar su fe y su constancia con una

creación inmaculada y reciente. Así no debe maravillarnos que, acabada la relación del descubridor, sonase un coro celestial acompañado por una cadencia mística, levantando á las alturas glorioso *Te Deum*, expresivo de la efusión que á todos embargaba por aquel singular momento, en que parecían unirse sobre un reencuentro del paraíso perdido la Humanidad y Dios.

CAPÍTULO XXV.

EL DESCUBRIMIENTO EN EUROPA.

LA noticia del descubrimiento no llegó á extenderse y divulgarse por Europa con la celeridad y el crédito merecidos por su trascendencia grande al universo todo. Reinaba entre las mayores supersticiones de aquellos tiempos el culto al secreto y al misterio, como si pudiera guardarse tras la reserva de los labios y de las plumas el Océano infinito y la nueva creación. Tal empeño en guardar para sí lo hallado para todos ha cedido en desdoro del descubridor y nos explica la injusticia cometida por un indeliberado instinto social de apodarar el Nuevo Mundo, principalmente debido á Colón y sus inspiraciones, con el secundario nombre de un piloto, ilustre, sí, pero subalterno y secundario respecto del cíclico profeta en quien se mezclaron la ciencia y la poesía, los números y cálculos del matemático y cosmógrafo sabio con las iluminaciones del profeta y del revelador sobrehumano. Las leyendas medioevales, tan poéticas, abundan en cuentos y narraciones de inventores perseguidos y acosados á causa de sus invenciones. El secreto de su mágica letra plúmbea y de su misteriosa prensa novísima, que constituyeron la imprenta, fuéle arrancado á Guttenberg por un émulo; y el haber sabido cuál aceite se invertía en las